

es imposible. Aquel es el espíritu que anima al corazón generoso : al que deja de vivir para sí mismo por consagrarse al servicio de los otros ; al que se entrega por voto heroico como siervo á los demas , y puede decir sin exageracion : « Esclavo soy de todos por la caridad de Jesucristo. »

Y los miembros de estos institutos ¿qué premio recibieron de esa sociedad á quien habian colmado de beneficios ? Es indisputable que al ménos un título podian alegar para su defensa, despues del largo proceso que les iniciaba el fanatismo de los reformadores ; pero un título el mas á propósito para salvarles á los ojos de hombres , que no ven sino lo material , ni reconocen otro bien que el perceptible á sus sentidos : era su beneficencia. Mas este título no bastó : el bien comun se encorvó para abrir paso á intereses mezquinos ; y la causa de los pobres , de los inválidos y de los huérfanos fué condenada , á trueque de saciar á todo precio pasiones violentas , empeñadas en hacer triunfar la causa del cisma y del delito. Los regulares fueron perseguidos por la reforma en Dinamarca como en todas partes : en la terrible disyuntiva de apostatar ó emigrar , la inmensa mayoría eligió lo segundo ; y entónces *los que venian á reformar la Iglesia y á administrar justicia segun el Evangelio* , dejaron morir de hambre á los que acababan de despojar. ¡ Ved ahí el premio que recibe de los hombres frecuentemente la caridad ! Pero miéntras tanto esa misma sociedad injusta que les condena , les persigue y les destierra , siguiendo su curso natural , encuentra un vacío inmenso en su seno , y que no tiene arbitrios para llenar. Si al cristiano fuese permitido gozarse alguna vez en las desgracias de sus adversarios , ¡ oh , cuántos motivos le presentarian al católico las miserias que pesan sobre los desgraciados países que abrazaron la reforma !

CAPITULO XXIII.

Palacios de Cristiania. — La pequeña grey. — Visita á un desgraciado en Gottenbourg. — El interior de Suecia. — Poesía del Norte de la Europa. — Wastanes. — Las parroquias protestantes. — Stokolmo. — Costumbres paganas. — La fiesta del Sol. — El divorcio y los cambios que se hacen á su sombra. — Emigracion anual. — Una cosa que compecede.

Cristiania tiene cierta fisonomía melancólica que armoniza bien con el resto de la Noruega. Sus palacios, habitados en otro tiempo por reyes y próceres , hoy desiertos, dispiertan en la imaginacion no sé qué especie de ideas siniestras y de imágenes sombrías. Los que viven de la poesía y divisan en las ciudades que decaen, en los bosques solitarios y en los páramos mas remotos paraísos donde pasan mil escenas románticas , encontrarian en Noruega un anchuroso campo donde alimentar su genio. Yo, que no gusto de semejantes ilusiones, hallé allí un objeto real que contemplar, mucho mas en armonía con mis ideas y con el propósito de mi viaje. Un número reducido de personas que arrojaron todo género de sacrificios por su fe , y que no obstante el ridiculo , los desprecios y los vejámenes de que fueron víctimas largo tiempo , la conservan ilesa con valor heroico , es un espectáculo que llena de entusiasmo al alma que cree y conoce el valor de su creencia. Este era el que yo veía en Cristiania en un ciento de católicos fervorosos que, aprovechando la libertad de cultos obtenida por el influjo y el dinero de los judíos , profesan su religion públi-

camente, y erigen con este objeto uno de los mas bellos templos de la capital de la Noruega.

Los que muestran maravillarse encontrando en Noruega un número tan diminuto de católicos, deben reflexionar que hasta nuestros tiempos han existido allí dificultades insuperables para profesar otro culto que el protestante, y entre otras la pena de muerte fulminada contra cualquier misionero católico que osase establecer allí su propaganda; leyes que aun cuando fueron derogadas (1), *una existe todavía en vigor, que niega la entrada á individuos de congregaciones religiosas.*

En Gottebourg, primera ciudad de Suecia que se encuentra viniendo de Noruega, tenia un encargo que llenar: encargo ciertamente triste, mirado con la vista corporal, pero noble y divino si se considera con el ojo penetrante de la fe. Yo confieso que jamas habia recibido mi corazon impresiones mas amargas que cuando me vi en la prision pública, puesto en presencia de un jóven que hablaba mi mismo idioma, y se encontraba sentenciado á morir por mano de verdugo á distancia de tres mil leguas de la patria. Sus pocos años, su fisonomía, ser él extranjero y sin relacion alguna en aquel país remoto, y sobre todo oyéndole: « Voy á morir abandonado de todos é injustamente.... » me hacian comprender todo el horror de su situacion desesperada. En aquellas circunstancias recordaba con ternura á su madre: el deseo de viajar le habia separado de su lado, y llevádole de lance en lance hasta.... los calabozos de Gottebourg, de donde se le sacaria en breve á morir en un patíbulo. « Pero Dios, le dije despues de un largo silencio, Dios no ha abandonado á V.: la Religion ahora mismo le ofrece sus consuelos. — Es verdad. ¡Oh, si jamas hubiese olvidado yo esa Religion! ; cuán distinta seria hoy mi suerte!.... » La presencia del carcelero, que no nos perdia de vista, no embar-

(1) En el año de 1845.

garon las tiernas efusiones del corazon del desgraciado *** : su triste historia era uno de los frecuentes desenlaces que siguen al drama que representa léjos de su país el que por una parte se ve señor de su voluntad y de su dinero, y por otra carece de principios religiosos que le sirvan de barrera para no precipitarse. Yo permanecí algunos días á su lado: su docilidad y su ingenio natural nada dejaron que desear á mi ministerio; á cada momento estaba con él.... ¡Ah! no me atreví á decir á aquel jóven infeliz que no volveria á visitarle: sin embargo mi postrer abrazo era una despedida de por vida.... ; no le veré jamas sino en la patria comun de los cristianos!....

El interior de la Suecia abunda en poesía como la Noruega: sus lagos sembrados de pequeñas islas, sus bosques sombríos y sus valles solitarios hablan con viveza á la imaginacion que busca de qué alimentarse entre la espesura de las selvas ó al traves de las llanuras. Wastanes me habló con mas fuerza que Trollatham: poca impresion me podia causar esta magnífica cascada, despues de haber contemplado la caída majestuosa, soberbia é imponente del Niágara; mas las ruinas de Wastanes publicarán, miéntras subsistan, con voz harto elocuente la injusticia de los hombres que, despues de expulsar á sus pacíficos moradores, redujo á montones de ruinas la obra mas bella de un vástago ilustre de los soberanos de la Suecia. En Wastanes, donde los *Salvatoristas* hospedaban á los pobres y partian las viandas de su mesa con los extranjeros y peregrinos, hoy no ví mas que una taberna, donde un mercader vendia á peso de oro pan negro á los miserables que acababan de recibir algunos sueldos del viajero. Los campos vecinos que, merced á las fatigas de los piadosos reclusos, producian la comida para mil familias indigentes, hoy, cubiertos de bosque y de malezas, reclaman la mano robusta y el espíritu emprendedor que les hicieran fructíferos. Ese pueblo, trabajado por la miseria y sin muchos recursos para su subsistencia, parece estuviera

acusando la crueldad de los que les arrebataron sus únicos bienhechores.

Muchas veces tuve ocasion de palpar en el interior de la Suecia la infinita superioridad de las intituciones católicas sobre las que le introdujo el protestantismo. Allá cuando los sucesores de S. Aschario presidian las parroquias, eran estas la providencia de los pobres; pero desde que los ministros de la fe de Gustavo Wasa invadieron el santuario, las convirtieron en casas de especulacion, donde el que se llama pastor de los fieles amontona riquezas destinadas en su origen á servir de alimento para él pobre, convirtiendo así en beneficio propio lo que debiera distribuirse en bien de los demas. No ví en las casas de los curas alguno de esos mendigos que acosan al viajero en los caminos, ni uno solo de tantos niños andrajosos que inundan los pueblos ví rodear á los *padres de los pobres*: el lugar de todos aquellos lo ocupa la familia; y la asistencia debida á los menesterosos, el cuidado de los animales y las faenas que dan á los pastores la fisonomía de ricos labradores. Como era la época de vacaciones cuando yo pasaba por allí, algunas casas parroquiales estaban de gran fiesta *por la llegada de los hijos del pastor que venian de la universidad*.

Entrando en Stokolmo, me pareció ver una de las grandes capitales del paganismo. En esa Stokolmo, edificada sobre colinas, cortada por canales que unen las aguas de los lagos, y poseedora de la forma aristocrática que le imprimen los palacios habitados por sus grandes, reinaba un silencio profundo. Llegaba en circunstancia de celebrarse el dia mas largo del año (1): Stokolmo estaba casi desierta, pero en cambio sus alrededores presentaban un aspecto muy animado. Grupos de hombres y mujeres bailando y saltando en rededor de un árbol adornado de cintas y banderas, alegres banquetes en que los licores se derramaban con profusion,

(1) 23 de junio de 1854.

voces descompasadas que manifestaban bien el efecto de las bebidas espirituosas, y todo esto celebrando el dia mas largo, me hacian recordar las saturnales y las famosas fiestas de la diosa Sanambona solemnizadas por el paganismo. Las jóvenes coronadas de flores y la libertad con que se mezclaban los individuos de sexos diferentes, servian tambien de puntos de contacto á mi comparacion. Bien veo que las personas educadas estimarán todo esto como una diversion popular, y ni el motivo que lo produce será para ellas mas que un pretexto que se encontró en su origen para tolerar los excesos que con este motivo se cometen; mas la plebe lo estima como una fiesta que realmente se consagra al sol, como si este hubiera conseguido un mérito nuevo con los largos dias que les alumbra. La fiesta del sol preocupa tan generalmente al pueblo de Stokolmo, que su dia principal (1) es tan sagrado como los domingos. En todas las provincias del reino se repiten escenas semejantes, y cuanto mas lejanas son aquellas de la capital, su analogía con las del paganismo es todavía mas patente.

Mas no son escenas de esta naturaleza tan solo las que relacionan al protestantismo sueco con el paganismo: quien observe las costumbres que este autoriza, encontrará otras no ménos repugnantes. El divorcio, por ejemplo, tan comun entre personas de fortuna, da lugar á mil lances que despues de ofender la moral de las familias en cuyo seno pasan, lastiman la de la sociedad entera, á cuyo conocimiento no tardan en llegar sus consecuencias. El protestantismo, que relajó completamente el vínculo indisoluble del matrimonio, cobija en Suecia bajo el manto del divorcio la conducta mas opuesta á los principios del Evangelio; y sin necesidad de suscribir las historietas que se refieren en los círculos de su sociedad, ni las que se cuentan en el extranjero, en que se hace jugar su papel á los primeros perso-

(1) 24 de junio.

najes del Estado, es innegable que los casados se separan con la mayor facilidad, y pasan á contraer segundas nupcias, tomando quizá un amigo la mujer que deja su amigo y este la de aquel. ¡Ved ahí un cambio que autoriza el protestantismo y que condena la moral del Evangelio! ¡Ved ahí las costumbres del paganismo elevadas sobre las ruinas del cristianismo, que despedazó el furor de la reforma en los países desgraciados del Norte de la Europa!

Los que miden el bienestar de las naciones por sus conveniencias materiales, y hacen consistir la felicidad del individuo en los goces que puede proporcionarle la ilimitada libertad de que disfrutan, encontrarían sin duda en Suecia y en Noruega los pueblos mas felices de la tierra, si sus teorías fuesen ciertas. ¡Pero qué al contrario sucede! El protestantismo, persiguiendo primeramente á los católicos, apoderándose de los bienes de la Iglesia, fulminando pena de muerte contra los regulares que llegasen á penetrar en su territorio y la de perpetuo destierro contra los ciudadanos que cambiasen de religion, sancionando despues de tres siglos la libertad de cultos, y dejando, en fin, subsistente cuanto servia de traba para impedir el desarrollo del catolicismo; la Suecia, repetimos, con la ilimitada libertad que le garantizan sus leyes, llenó el programa de los mas entusiastas liberales. ¿Y qué ha ganado despues de todo? Ella no ha dejado por eso de ser pobre, ni sus masas de pueblo han avanzado una línea mas en civilizacion. Al contrario, los medios que existieron ántes de la reforma para propagar las luces en sus provincias del Norte, hoy no existen, y forzosamente esos millares de hombres que habitan las orillas del Tornea, permanecerán tan idiotas como los renos que les proveen de subsistencia, hasta que otros medios mas eficaces que los que les ofrece el protestantismo vengán á operar su civilizacion. El catolicismo estableció con este objeto el célebre monasterio cisterciense de Buro en 1250. Doce monjes y un abad recorrían constantemente la Laponia, habitaban durante el in-

vierno entre la nieve, del mismo modo que las gentes que trataban de evangelizar les acompañaban á la pesca, y participaban de sus mismas privaciones, á trueque de no desperdiciar momento favorable para su ministerio. La serie de hombres apostólicos que desempeñaron esta mision desde su fundador Herse Jalesson, bajo el reinado de Erico IX, hasta Juan de Buris, arrancado de la Laponia como una de esas hermosas plantas que desentierra el huracan del jardin que embellece, no puede leerse sin recordar cien rasgos los mas brillantes de abnegacion, de constancia y de heroísmo. En 1601 subsistia aun lo material del monasterio, y hoy se ven todavia algunos de sus escombros esparcidos por una vasta soledad. Los caidos chapiteles y las columnas tronchadas por el furor de los Bárbaros que contempla el viajero en Cesarea y Tolemáida no inspiran reflexiones mas tristes que aquellos sembrados por el furor de la reforma. ¡Cuántas generaciones fué necesario que pasasen ántes que la institucion de Buro estuviese en aptitud de llenar su objeto! ¡Y cuántas otras pasaron despues contándola entre las mas bellas obras de su época! Cinco siglos corrieron, y durante ellos no pasó un solo dia sin que alguna piedra viniese á señalar alguna nueva empresa ó una accion generosa; sin embargo un solo instante bastó para derruir el inmenso monumento que formaban reunidos los trabajos de diez generaciones.

El gobierno sueco, se nos dirá, ha sustituido al monasterio de Buro cierto número de misioneros que él paga, para que se ocupen de la instruccion de aquellos infelices. Es verdad, les responderemos; pero ¿qué hacen aquellos misioneros pagados por el gobierno para llenar el lugar de los monjes de Buro? ¿Dónde están los sacrificios espontáneos con que señalan como aquellos su apostolado? Disfrutando su renta, viven con sus familias en las aldeas que mejor comodidad pueden proporcionar á ellos, á sus mujeres y sus hijos. Una vez al año penetran algunos al término mas remoto de su mision, pero no es para llevar allí consuelos

espirituales, ni para auxiliar á sus habitantes con ciertos recursos que contribuyen siempre á hacer amable la predicacion; es para cobrar el diezmo de la pesca y de las crias de los renos á aquellos infelices que no los vieron venir sino un año ántes con el mismo objeto. Los niños que los monjes recogian de las chozas miserables para que recibiesen en su monasterio una educacion mas esmerada, quedan hoy con sus padres, y vivirán en la misma barbarie que estos; ninguno traerán consigo los pastores, porque ese diezmo que paga el pobre tiene otro destino, y es sostener los hijos propios con preferencia á los ajenos.

Causa compasion la ignorancia en que viven y mueren esas gentes, que despues de haber contribuido al sosten de sus pastores, ningun auxilio reciben de ellos para conocer la religion que profesan. Su fe es una serie de supersticiones, y las prácticas de su culto ciertas ritualidades, que bien manifiestan tener origen en una mezcla de usos tomados del paganismo los unos y del catolicismo los demas. Para ellos es una misma cosa ser católico que protestante, mahometano que cristiano; pues la religion no es á sus ojos mas que un nombre que importa bien poco sea este ó aquel. Á vista de todo esto, yo no sé si poniendo la mano sobre su conciencia, podria alguno decirnos que el protestantismo ha llenado para los Lapones el lugar que dejó vacío la expulsion del catolicismo. Ni lo ha llenado tampoco en el resto de la Suecia. Acercaos á ese pueblo que no ha tenido la fortuna de frecuentar los colegios ni las universidades, y preguntadle cuáles son las ideas que tiene sobre religion, sobre sus deberes para con la sociedad y para consigo mismo, y presto os persuadiréis que ningunas posee, porque no ha tenido ocasion ni medios de adquirirlas. Ni el bienestar material hallaréis ser mas ventajoso que el moral en unas clases roidas por la pobreza, sin arbitrios para trabajar con algun lucro, y lo que es peor sin esperanzas de mejorar su situacion. Los que ponderan el atraso de los países meridionales de la

Europa, observando la Suecia, no la hallarian mas avanzada que el de aquellos: su número de mendigos es mayor comparativamente, y lo que es mas triste, estos echan ménos los establecimientos de beneficencia que tanto honor hacen á la piedad de aquellos. ¿Quién no compadece esa pobreza que asusta al viajero atravesando la provincia de Dalykarly? ¿Y cuál es la casa de asilo provista para recibir á los infelices que despues de trabajar toda su vida nada pudieron guardar para su vejez? Stokolmo, durante el verano, está llena de personas que emigran de su provincia, para buscar en otras alguna ocupacion que les proporcione medios para vivir. Las mujeres, puestas al remo ó llenando por las calles el lugar de las bestias de carga, descalzas las mas y cubiertas de vestidos en que compiten la pobreza con la singularidad, ofrecen un espectáculo que no he visto semejante sino en las tribus errantes de los Árabes, cuyas mujeres alternan la carga con los camellos y los asnos. Aquellas, quemadas por la nieve como lo están estas por el sol, soportan las mismas fatigas y las mismas penalidades, sin que la una encuentre en el cristianismo, del que no conoce mas que el nombre, los consuelos que la otra en los risueños paraísos adonde le pasea á cada instante su imaginacion oriental. Yo sufría contemplando la suerte de tantas infelices, y estoy cierto que lo mismo sufrirá cualquiera que se detenga á reflexionar un momento sobre tan triste situacion.

Á los que frecuentan los establecimientos literarios consume otro mal, que si á primera vista no produce las siniestras impresiones que la pobreza de los mendigos, sin embargo ni es ménos grave por su naturaleza, ni sus consecuencias son ménos trascendentales. Este mal es la irreligion. La generacion que acepta como principio la incredulidad y hace alarde de las teorías absurdas del materialismo, los espíritus fuertes que á nada se someten que no sea positivo y palpable para sus sentidos, se han propagado rápidamente en Stokolmo, Upsal y Gottembourg. Logias de francmasones cuyas tenden-

cias y fin irreligioso todos conocen, y en las que personas de la primera categoría han inscrito sus nombres; sociedades filosóficas cuyo objeto, según sus miembros, es derramar las luces del siglo en la juventud del país, pero que realmente dirigen sus esfuerzos á extinguir del todo esa fe que, como lámpara que en sus últimos momentos apenas arroja una luz confusa y para nada provechosa, conservan algunos de la clase rica; literatos viciados por los sistemas de Eygle y de otros materialistas aprendidos en las universidades, orgullosos de teorías que ellos no inventaron, y creen destinadas á regenerar el mundo, esperan impacientes ese momento que será preparado por la revolución universal de la sociedad; un clero, en fin, que formó su conciencia en la escuela de Rudelbach, Neander y Schleger-Macher, cuyas obras le sirvieron de texto para adoptar como principios todos los errores del panteísmo, ved ahí el cáncer gravísimo que devora y consume á los reinos septentrionales de la Europa que el protestantismo arrebató á la fe de la Iglesia universal.

No tememos equivocarnos en denunciar las infinitas proporciones de este mal, cuando ellas se dejan conocer á primera vista: los templos solitarios en el oficio de los domingos, la falta de obras aparentes para robustecer el principio religioso en la conciencia del pueblo, la lectura de todo lo más impío é inmoral que vomitan las prensas materialistas de Francia é Inglaterra, y cuidadosamente se traduce al idioma de los Escandinavos, para ponerlo al alcance de todos, bien lo hace conocer sin necesidad de comentarios. Los antiguos conservadores, que miraron en su religión la mejor salvaguardia del Estado, conocen este mal; la autoridad misma lo conoce también, pero es débil y retrocede ante una prensa que la insulta del modo más grosero. ¿Cuál será el desenlace final de este orden de cosas? ¿Dónde irá á parar un Estado carcomido por males tan graves de por sí? Fácil es á cualquiera preverlo, sin necesidad que otro le sugiera sus ideas.

CAPÍTULO XXIV.

Intriga que se percibe á primera vista. — Los templos y sus oficios. — Legislación intolerante. — Hechos recientes. — Las asambleas. — El clero. — Su influencia para mantener el orden actual. — Confesion por ley civil. — Penas á los transgresores. — Accion del gobierno sobre la Iglesia. — Ocupaciones y privilegio social del clero. — Observacion importante. — Beneficencia pública. — Upsal. — Desmentida dada por un protestante inglés al protestantismo sueco. — La universidad. — Avances del materialismo. — Los textos para la enseñanza. — Decadencia. — Dos cosas que quedan intactas. — ¿Quién ha de prevalecer? Síntomas. — Una impresion.

Visitando la Suecia se percibe á primera vista que alguna intriga política separó del catolicismo este reino, uno de los bellos florones que adornaban la tiara del pontificado. Los templos conservando su forma, sus altares, imágenes y adornos estrictamente católicos, las ceremonias del culto y hasta las vestiduras sacerdotales, muy semejantes á las del catolicismo, hacen pensar que el cisma debió allí su origen á un abuso del poder más bien que á la voluntad y al convencimiento de la nación. Ese pueblo, que se dice católico y que cree realmente pertenecer á la comunión universal, fué engañado en efecto por Gustavo Wasa, que, abusando de su ignorancia, le hizo aceptar los errores de Lutero como doctrina pura del catolicismo, y le dió obispos sin ordenacion legítima, diciéndole estar consagrados en la capital del mundo cristiano. Por eso nada me sorprendió ver en los templos á los ministros luteranos haciendo su simulacion de misa, vestidos con los ornamentos latinos, y usando el